EL SENTIMIENTO DE CULPA EN LA LITERATURA ESPAÑOLA

Lavinia SIMILARU
Universitatea din Craiova

Resumen*: la culpa y el arrepentimiento son temas con una larga tradición en todas las literaturas. En la literatura española es también un tema muy frecuente. En el romancero se arrepiente el rey don rodrigo por haber perdido españa. Don quijote se arrepiente por haber arrastrado a sancho en sus aventuras, don juan por los pecados cometidos, la regenta por haberse enamorado de un hombre que no era su marido, y de haber provocado la muerte del esposo, mosén millán por haber causado la muerte de paco en "réquiem por un campesino español" de ramón j. Sender… unas páginas antológicas sobre el tema escribe juan manuel de prada en su novela "la vida invisible".*

PALABRAS CLAVE: *ARREPENTIMIENTO, AVENTURA, PECADO,MUERTE*

La culpa y el arrepentimiento son temas con una larga tradición literaria, empezando con la *Ilíada* y con las *Mil y una Noches*, y terminando con las obras de Shakespeare y las novelas modernas.

Los remordimientos tampoco son un tema nuevo en la literatura española, aparecen siempre, empezando con los romances. En el *Romancero* destaca el arrepentimiento del último rey godo, don Rodrigo. El rey se enamora de doña Cava, y, como ella no le cree, él comete la imprudencia de ofrecerle España como prueba de su amor. La pasión de don Rodrigo por doña Cava, y sobre todo el hecho de que él acaba forzándola provocan la ira del padre de ella, el conde Julián, quien, para lavar la afrenta de la familia y para vengarse, se alía con los musulmanes y les facilita la entrada en España.

"El triste, de ver aquesto, - gran mancilla en sí tenía;
llorando de los sus ojos – de esta manera decía:
-Ayer era rey de España, - hoy no lo soy de una villa;
ayer villas y castillos, - hoy ninguno poseía;
ayer tenía criados – y gente que me servía,
hoy no tengo una almena – que pueda decir que es mía.
¡Desdichada fue la hora, - desdichado fue aquel día
en que nací y heredé – la tan grande señoría,
pues lo había de perder – todo junto y en un día!
¡Oh, muerte!, ¿por qué no vienes – y llevas esta alma mía
de aqueste cuerpo mezquino, - pues se te agradecería?"[1]

Muy cansado, muerto de hambre y de sed, el rey se va, camino de las montañas. Un pastor le ayuda a encontrar una ermita, donde vive un ermitaño que tiene más de cien años de edad. Don Rodrigo pide permiso para hacer penitencia ahí, y el ermitaño le pide a Dios que le revele la penitencia adecuada para el rey.

"Fuele luego revelado,
de parte de Dios, un día,
que le meta en una tumba
con una culebra viva,
y en esto tome penitencia

[1] *Romance De la derrota de Don Rodrigo*.

BDD-A5581 © 2007 Universitatea din Pitești
Provided by Diacronia.ro for IP 216.73.217.34 (2026-11-14 00:06:17 UTC)

por el mal que hecho había."[1]

El rey acepta humildemente esta penitencia.

Don Juan es, sin duda, un gran pecador, en el *Burlador de Sevilla* confiesa que burlar a las mujeres es su mayor placer:

"Sevilla a veces me llama
el Burlador, y el mayor
gusto que en mí puede haber
es burlar una mujer
y dejarla sin honor."[2]

En *El Burlador de Sevilla* vemos a Don Juan burlando a Isabela, a la pobre pescadora Tisbea, y a la campesina Arminta. Intenta hacer lo mismo con doña Ana, pero ella se da cuenta a tiempo de que él no es el hombre que estaba esperando.

En *Don Juan Tenorio*, el héroe muestra la famosa lista, donde consta que ha seducido setenta y dos mujeres, y le contemplamos engañando a doña Ana y conquistando a doña Inés. En las otras versiones, las cosas ocurren más o menos de la misma manera.

Nos vemos obligados a admitir algo decepcionante: Don Juan no tiene realmente un arte de seducir; necesita mentir a las mujeres para que éstas caigan en sus brazos. Ni siquiera hace un gran esfuerzo de imaginación: no utiliza más que dos maneras de burlar a las mujeres. Cuando se trata de una mujer noble, se arregla para poder pasar por otro, cuya capa ha pedido prestada. En el caso de las pobres, las deslumbra con su nombre y sobre todo con la promesa de un matrimonio tan brillante.

Entonces, Don Juan no es el gran seductor que cree de costumbre la gente, y Kierkegaard tiene razón al observar que hay que emplear con cuidado la palabra "seductor" cuando hablamos de Don Juan.

Don Juan comete, de esta manera, muchos pecados: el de haber nacido, el de engañar a tantas mujeres, haciéndolas perder su honor, y sobre todo el gran pecado de matar al Comendador.

Hay tres términos en la ecuación: el amor, la muerte y la culpa. La culpa se paga con la muerte. Don Juan ha infringido las leyes humanas y las leyes divinas. Albert Camus observa que "Don Juan mismo considera normal ser castigado. Es la regla del juego"[3].

En el siglo XVII, el espectador del *Burlador de Sevilla* esperaba sin duda el castigo del héroe a lo largo de la obra. Don Juan era un pecador cuyos pecados eran tan graves, que no se le podía perdonar; tenía que morirse, sobre todo porque no prestaba atención a las advertencias recibidas, la cólera divina no le daba miedo, y no quería recapacitar. Se reía de su muerte, no pensaba nunca en ella, y no dejaba de repetir "Tan largo me lo fiáis", creía que tendría tiempo para arrepentirse y para arreglar las cosas. El drama de Don Juan comienza si el héroe tiene un momento de lucidez, se detiene a reflexionar, y comprende que no le queda mucho tiempo. Stendhal lo había dicho:

"Dans le feu de la jeunesse, quand toutes les passions font sentir la vie dans notre propre coeur et éloignent la méfiance de celui des autres, don Juan, plein de sensations et de bonheur apparent, s'applaudit de ne songer qu'à soi, tandis qu'il voit les autres hommes sacrifier au devoir; il croit avoir trouvé le grand art de vivre. Mais au

[1] *Romance de la penitencia de Don Rodrigo*.
[2] Molina, T. de - *El burlador de Sevilla*, Cátedra, Letras hispánicas, 1992, 1305-1309.
[3] Camus, A., *Le Don Juanisme.* In: *Le Mythe de Sisyphe*, Gallimard, Paris, 1942, p. 104.

BDD-A5581 © 2007 Universitatea din Pitești
Provided by Diacronia.ro for IP 216.73.217.34 (2026-11-14 00:06:17 UTC)

milieu de son triomphe, à peine à trente ans, il s'aperçoit avec étonnement que la vie lui manque, il éprouve un dégoût croissant pour ce qui faisait tous ses plaisirs."[1]

Él también se arrepiente en el último momento y pide confesarse en todas las versiones dramáticas, empezando con *El Burlador de Sevilla*:

"Deja que llame
quien me confiese y absuelva."[2]

En *Don Juan Tenorio* de José Zorrilla, el héroe lamenta la muerte de doña Inés:

"Inocente doña Inés,
cuya hermosa juventud
encerró en el ataúd
quien llorando está a tus pies […]"[3]

Al comprender que se va a morir, Don Juan se acuerda de todos sus crímenes y lamenta que "la luz de la fe penetre tan tarde en su corazón" e, imaginando la cólera de Dios, cree que está perdido, que no podrá salvar su alma:

"JUAN. Tarde la luz de la fe
penetra en mi corazón,
pues crímenes mi razón
a su luz tan sólo ve.
Los ve… y con horrible afán:
porque al ver su multitud
ve a Dios en la plenitud
de su ira contra don Juan.
¡Ah! Por doquiera que fui
la razón atropellé,
la virtud escarnecí
y a la justicia burlé,
y emponzoñé cuanto vi.
Yo a las cabañas bajé
y a los palacios subí,
y los claustros escalé;
y pues tal mi vida fue,
no, no hay perdón para mí."[4]

Casi todos les Don Juanes del mito español se arrepienten en el último momento y terminan salvando su alma. Lo mismo ocurre, por ejemplo, en la obra *No hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague* de Antonio de Zamora. Hablando con el espectro del Comendador, Don Juan comprende que su hora ha llegado y pide perdón a Dios. El Comendador le contesta que es afortunado si sabe aprovechar la eternidad de un instante:

"DON GONZALO
Ahora verás que al postrarte,
No fía en vano quien fía
En que Dios le desagravie.
DON JUAN
Ya lo veo, y pues mi muerte
Su justicia satisface,

[1] Stendhal, *Werther et Don Juan*. In: *De l'Amour*, Prietenii Cărții, Bucarest, 1993, p. 250.
[2] Molina, T. de, *El burlador de Sevilla*, Cátedra, Letras hispánicas, Madrid, 1992, 2854 – 2855
[3] Zorrilla, J., *Don Juan Tenorio*, Cátedra, Letras hispánicas, Madrid, 1994, 2944 – 2948
[4] Zorrilla, J., *Don Juan Tenorio*, Cátedra, Letras hispánicas, Madrid, 1994, 3720 – 3737.

BDD-A5581 © 2007 Universitatea din Pitești
Provided by Diacronia.ro for IP 216.73.217.34 (2026-11-14 00:06:17 UTC)

¡Dios mío, haced, pues la vida
Perdí, que el alma salve!
DON GONZALO
¡Dichoso tú, si aprovechas
La eternidad de un instante!
DON JUAN
¡Piedad, Señor! Si hasta ahora,
Huyendo de tus piedades,
Mi malicia me ha perdido,
Tu clemencia me restaures.
(Cae muerto)."[1]

En su lecho de muerte, Don Quijote lamenta haber arrastrado a Sancho en sus aventuras:

"Y volviéndose a Sancho le dijo: Perdóname, amigo, de la ocasión que te he dado de parecer loco como yo, haciéndote caer en el error en que yo he caído de que hubo y hay caballeros andantes en el mundo. […] Señores, dijo Don Quijote, vámonos poco a poco, pues ya en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño. Yo fui loco, y ya soy cuerdo; fui don Quijote de la Mancha, y soy ahora, como he dicho, Alonso Quijano el Bueno. Pueda con vuesas mercedes mi arrepentimiento y mi verdad volverme a la estimación que de mí se tenía, y prosiga adelante el señor escribano."[2]

También se arrepiente Leonora en *El celoso extremeño*, una de las *Novelas ejemplares* de Cervantes, aunque no había ofendido a su marido "sino con el pensamiento":

"Y comenzando a disculparse y a contar por extenso la verdad del caso, no pudo mover la lengua, y volvió a desmayarse"[3]. El adulterio no se lleva al cabo, pero el marido anciano de Leonora se muere en unos días a causa del disgusto provocado por ella y por el joven Loaysa. Pero antes de pasar a mejor vida le había pedido a su esposa que se casara con el joven. A pesar de esto, Leonora se siente muy culpable e infringe el deseo del difunto:

"Quedó Leonora viuda, llorosa y rica; y cuando Loaysa esperaba que cumpliese lo que él sabía que su marido en su testamento dejaba mandado, vio que dentro de una semana se entró monja en uno de los más recogidos monasterios de la ciudad".[4]

Las mismas razones acarreaban las "congojas" de Ana Ozores en *La regenta* de Clarín, que "la anegaban en mares de tristeza, que parecían sin orillas"[5], y la hacían sumirse en la lectura de Santa Teresa de Jesús, o desfilar como penitente, descalza, en la procesión del Viernes Santo.

Ana es una mujer joven, de gran belleza, admirada y envidiada por todo el mundo. Se casa sin tener ningún conocimiento sobre el amor, y más tarde vive una pasión imposible.

Ella toca la mano de don Álvaro, pero no quiere confesarse que se ha sentido estremecida. Ella encuentra a don Álvaro en todas partes, pero no quiere admitir que le

---

[1] Citado por Díaz-Plaja, F. *El «Don Juan» español*, Ediciones Encuentro, Madrid, 2000, p. 42-3.
[2] Cervantes, M. de, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, Impresos y revistas, Madrid, 1991, p. 856.
[3] Cervantes, M. de, *El celoso extremeño*, in *Novelas ejemplares*, II, Cátedra, Letras hispánicas, Madrid, 1994, p. 134.
[4] *Ibidem*
[5] Alas, L. «Clarín», *La regenta*, Espasa Calpe, Madrid, 1999, p. 512

BDD-A5581 © 2007 Universitatea din Pitești
Provided by Diacronia.ro for IP 216.73.217.34 (2026-11-14 00:06:17 UTC)

ha buscado en la iglesia, al teatro, por la calle… Ella conoce su deber y quiere seguir siendo virtuosa, a toda costa. Aunque nunca sea feliz. Un flirteo inocente es todo lo que se puede permitir

"Y sentía dolores y escalofríos al imaginarlo. Nunca, nunca accedería ella a satisfacer las ansias que consumaría el sacrificio, su don Víctor y nada más, es decir, nada; pero la nada era su dote de amor. ¡Mas renunciar a la tentación misma! Esto era demasiado. La tentación era suya, su único placer. ¡Bastante hacía con no dejarse vencer, pero quería dejarse tentar!"[1]

Ana se niega a acompañar a su marido y a sus amigos al teatro, para no encontrar ahí a don Álvaro. Se queda en casa y se arrepiente de su gesto:

"«Después de todo, era una tontería haber dado aquel desaire a la Marquesa, estando decidida a no comulgar al día siguiente. Pero, ¿y por qué no había de comulgar? ¿Era ella una beata con escrúpulos necios? ¿Qué tenía que echarse en cara? ¿En qué había faltado? Todo Vetusta en aquel momento estaba gozando entre ruido, luz, música, alegría; y ella sola, sola, allí en aquel comedor oscuro, triste, frío, lleno de recuerdos odiosos o necios, huyendo la ocasión de dar pábulo a una pasión que halagaría a la mujer más presuntuosa. ¿Era esto pecar? Nada tenía ella que ver con don Álvaro. Podía él estar todo lo enamorado que quisiera, pero ella jamás le otorgaría el favor más insignificante. Desde ahora, ni mirarle siquiera. Estaba decidida. ¿Qué había de confesar? Nada. […]»"[2]

El esposo de Ana y los amigos han hecho un programa de diversiones y de espectáculos, pero Ana no quiere divertirse o pasear, ya que tiene miedo de ver a don Álvaro:

"Aquel programa famoso de distracciones y placeres formado entre Quintanar y Visitación había empezado a caer en desuso a los pocos días, y apenas se cumplía ya ninguna de sus partes. Al principio Ana se había dejado llevar a paseo, a todos los paseos, al teatro, a la tertulia de Vegallana, a las excursiones campestres; pero pronto se declaró cansada y opuso una resistencia pasiva que no pudieron vencer don Víctor y la del Banco."[3]

Ella quiere huir de la realidad, se aisla, pensando que al apartarse del mundo y viviendo en soledad podrá olvidar su pasión culpable. Pero el amor sigue siendo muy fuerte, ella sigue amando a don Álvaro Mejía. No puede luchar en contra de este amor. Ana va aun más lejos: trata de ensimismarse contemplando a Dios, tiene una crisis religiosa y lee las obras de Santa Teresa. Toma parte a una procesión, y eso asombra a todo el mundo. Ana se convierte en la atracción de la procesión, toda la ciudad la quiere ver:

" -¡Ya llega, ya llega! –murmuraban los socios del Casino apiñados en los balcones, codeándose, pisándose, estrujándose, los músculos del cuello en tensión, por el afán de ver mejor el extraño espectáculo, de contemplar a su sabor a la dama hermosa, a la perla de Vetusta, rodeada de curas y monagos, a pie y descalza, vestida de nazareno, ni más ni menos que el señor Vinagre, el cruelísimo maestro de escuela.

Como una ola de admiración precedía al fúnebre cortejo; antes de llegar la procesión a una calle, ya se sabía en ella, por las apretadas filas de las aceras, por la muchedumbre asomada a ventanas y balcones que «la regenta venía guapísima, pálida, como la Virgen a cuyos pies caminaba». No se hablaba de otra cosa, no se pensaba en

[1] Alas, L. «Clarín», *La Regenta*, Espasa Calpe, Madrid, 1999, p. 299.
[2] *Idem*, p. 303.
[3] *Idem*, p. 442.

BDD-A5581 © 2007 Universitatea din Pitești
Provided by Diacronia.ro for IP 216.73.217.34 (2026-11-14 00:06:17 UTC)

otra cosa. Cristo tendido en su lecho, bajo cristales, su Madre de negro, atravesada por siete espadas, que venía detrás, no merecían la atención del pueblo devoto; se esperaba a la regenta, se la devoraba con los ojos…"[1]

Al enterarse de la intención de Ana, su marido está horrorizado:

" -[…] Señores, mi mujer está loca… Yo creo que está loca… Lo he dicho mil veces… El caso es… que cuando yo creía tenerla dominada, cuando yo creía que el misticismo y el Provisor eran agua pasada que no movía molino… cuando yo no dudaba de mi poder discrecional en mi hogar… a lo mejor, ¡zas!, mi mujer me viene con la embajada de la procesión."[2]

Ana no puede resistir y acaba entregándose a esta pasión culpable. Su marido se muere en un duelo, matado por el amante de Ana, y, al final de la novela, ella se sentirá culpable de la muerte de su marido:

"Ocho días había estado Ana entre la vida y la muerte, un mes entero en el lecho sin salir del peligro, dos meses convaleciente, padeciendo ataques nerviosos de formas extrañas, que a ella misma le parecían enfermedades nuevas cada vez".[3]

Ana Ozores teme perder la razón a causa de los remordimientos:

"Otra vez tuvo miedo a morir, otra vez tuvo el pánico de la locura, la horrorosa aprensión de perder el juicio y conocerlo ella; y otra vez este terror, superior a todo espanto, la hizo procurar el reposo y seguir las prescripciones de aquel médico frío, siempre fiel, siempre atento, siempre inteligente.

Días enteros estuvo sin pensar en su adulterio ni en Quintanar; pero esto fue al principio de la mejoría; cuando el cuerpo débil volvió a sentir el amor de la vida, a la que se agarraba como un náufrago cansado de luchar con el oleaje de la muerte oscura y amarga.

Con el alimento y la nueva fuerza reapareció el fantasma del crimen. ¡Oh, qué evidente era el mal! Ella estaba condenada. Esto era claro como la luz. Pero a ratos, meditando, pensando en su delito, en su doble delito, en la muerte de Quintanar sobre todo, al remordimiento, que era una cosa sólida en la conciencia, un mal palpable, una desesperación definida, evidente, se mezclaba, como una niebla que pasa delante de un cuerpo, un vago terror más temible que el infierno, el terror de la locura, la aprensión de perder el juicio; Ana dejaba de ver tan claro su crimen; no sabía quién discutía dentro de ella, inventaba sofismas sin contestación, que no aliviaban el dolor del remordimiento, pero hacían dudar de todo, de que hubiera justicia, crímenes, piedad, Dios, lógica, alma… Ana."[4]

Culpable se siente a su vez Mosén Millán en *Réquiem por un campesino español* de Ramón J. Sender, ya que su mediación no consigue salvar al joven Paco, sino le lleva directamente a la muerte, en un estremecedor episodio de la guerra civil:

"A través de la ventanilla, Mosén Millán miraba al cielo y, recordando la noche en que con el mismo Paco fue a dar la unción a las cuevas, envolvía el reloj en el pañuelo, y lo conservaba cuidadosamente con las dos manos juntas. Seguía sin poder rezar. Pasaron junto al carasol desierto. Las grandes rocas desnudas parecían juntar las cabezas y hablar. Pensando Mosén Millán en los campesinos muertos, en las pobres

[1] *Idem*, p.669.
[2] *Idem*, p. 667.
[3] *Idem*, p. 779.
[4] *Idem*, p. 781.

BDD-A5581 © 2007 Universitatea din Pitești
Provided by Diacronia.ro for IP 216.73.217.34 (2026-11-14 00:06:17 UTC)

mujeres del carasol, sentía una especie de desdén involuntario, que al mismo tiempo le hacía avergonzarse y sentirse culpable."[1]

En *La vida invisible*, Juan Manuel de Prada analiza este sentimiento a través de varios personajes, y escribe unas de las páginas más antológicas sobre el tema.

Tom Chambers es uno de ellos. Héroe de la guerra de Vietnam, este protagonista aguanta pacientemente todas las torturas y todo el sufrimiento que supone su condición de prisionero para expiar las culpas de una adolescencia gamberra: cuando acababa de cumplir catorce años, paseando con los amigos por el parque, el adolescente Chambers había descubierto que los rasgos de la vendedora de folletos religiosos coincidían con los de una famosa *pin up* de los años cincuenta. Averiguando detalles de la juventud de la mujer, había aprovechado los datos para amenazarla y aterrorizarla. Llega incluso a chantajearla con la publicación de unas fotos antiguas que en realidad él ni siquiera había visto, pero le bastaban los rumores que aseguraban la existencia de tales imágenes comprometedoras. Cuando Fanny acude a la cita, para dejar el sobre pedido en el sitio indicado de Chambers, éste la contempla y se siente invadido por la piedad y por la tristeza:

"Cuando los abrió vio venir a Fanny Riffel por Milwaukee Avenue; tardó en reconocerla, porque aquella estampa de mendiga o ectoplasma que mantuvo mientras repartió folletos religiosos en Lincoln Park se había deteriorado aún más, hasta aproximarla a la de esos vagabundos que hurgan en los cubos de basura y se alimentan de corruscos y desperdicios. Parecía un mueble desportillado y a punto de descuajaringarse; caminaba bajo los efectos de una marejada, entrampándose con el bordillo de la acera y acto seguido apoyándose –derrengándose, casi- sobre las fachadas de algún almacén abandonado, en bandazos que al adolescente Chambers le hicieron temer por su vida. El cabello cortado a trasquilones le había crecido hasta formar vedijas enmarañadas; el vestido de penitente delataba la renuncia al jabón y a la plancha. A medida que se aproximaba al lugar donde se hallaba apostado, el adolescente Chambers pudo distinguir sus facciones erosionadas de vigilias, hinchadas de barbitúricos o quizá tumefactas por la pura fermentación del dolor, que asomaba a los poros de su piel, formando vejiguitas de un humor agrio y amarilloso. Y pudo distinguir, sobre todo, con un pinchazo de compunción, sus ojos de un azul vivísimo e indemne, un azul casi mineral que discrepaba de las facciones desmoronadas. El adolescente Chambers reparó entonces en que no hubiese sido necesario agazaparse detrás de aquella pilastra herrumbrosa, porque Fanny ya no veía la vida física; habitaba un infierno puramente espiritual, invisible y atosigante como aquel acosador telefónico que cada noche sobresaltaba su duermevela para solicitarle –para exigirle- inmundicias siempre renovadas, siempre horrendas."[2]

Chambers se siente muy culpable, incluso desea socorrerla, pero no se atreve:

"Fanny pasó a su vera, estólida y abstraída, cruzó la calle tropezándose con las grietas del asfalto y dejó al pie de la farola la ofrenda puerca que le había reclamado –que le había exigido- su tirano; luego siguió caminando con sus andares de marejada, sin volver la cabeza, siguiendo al pie de la letra las instrucciones recibidas. Cuando el pinchazo de la compunción cedió paso al empuje de la piedad, el adolescente Chambers abandonó su escondrijo, dispuesto a auxiliar a la vagabunda, dispuesto a brindarle su báculo, para ayudarla a cruzar los páramos de la vida invisible y, de paso, purgar su pecado. Pero cuando ya estaba a punto de alcanzarla sintió que le faltaba el valor; la

[1] Sender, R. J., *Réquiem por un campesino español*, Destinolibro, Barcelona, 1996, p. 103.
[2] Prada, J.M., *La vida invisible*, Espasa Calpe, Madrid, 2004, p. 128.

BDD-A5581 © 2007 Universitatea din Pitești
Provided by Diacronia.ro for IP 216.73.217.34 (2026-11-14 00:06:17 UTC)

ventana de un almacén abandonado, expoliada por los pedruscos y el ventarrón que azota los arrabales de Chicago, le escupió, multiplicado en cada puñal de vidrio que aún aguantaba encajado en su marco, el rostro de un delincuente convicto que abomina de sus culpas cuando ya es demasiado tarde. Fanny Riffel se alejaba hacia el ocaso, se alejaba hacia el olvido."[1]

Fanny desaparecerá, y Chambers tratará de olvidar el asunto:

"No pasó ni un solo día sin que pensara en Fanny. Pero este recuerdo, que durante los primeros meses dolía como una estocada, se fue haciendo borroso con el paso de los años. Creo que llegué a convencerme de que nada había ocurrido, de que todo había sido fruto de mi imaginación. […] Seguía pensando en Fanny, pero la culpa se fue diluyendo en una especie de pena o una nostalgia. Llegué a convencerme de que lo mío había sido una travesura sin demasiada importancia. […] Una travesura que todavía te hace sonrojar cuando la recuerdas, pero que llegas a considerar insignificante. Son increíbles los mecanismos que ingeniamos para esconder nuestros trapos sucios."[2]

Más tarde, en el campo de prisioneros de Hanoi, donde "no regía la Convención de Ginebra; los presos eran sometidos a torturas que despedazaban antes su paciencia que su carne"[3], a Chambers se le mete en la cabeza que se merecía todos los tormentos padecidos por lo que le había hecho a Fanny, y que aquélla era una buena manera de expiar su culpa. Así que nada ni nadie conseguirá arrancarle alguna información:

"Cuando los carceleros del Hanoi Hilton decidieron aplicarle torturas más ensañadas, el recluta Chambers temió que la debilidad de la carne traicionase la fortaleza del espíritu; pero pronto descubrió que la carne es el excedente fardo que habían arrojado sobre sus hombros para poner a prueba la determinación de su designio. Ni la barra de hierro que acardenalaba su piel, quebrando costillas y clavículas, ni la picana que descargaba electricidad sobre sus testículos lograron inmutar esa determinación; gritaba hasta el paroxismo, sentía el golpe brusco de la sangre en el paladar, los contornos de aquella mazmorra se desdibujaban en una indistinta niebla, pero su espíritu permanecía ajeno a la depauperación de su envoltura carnal"[4]

Sigue vivo gracias a un cálculo de los carceleros, que esperan utilizarlo para negociar en caso de victoria de los americanos. Seis años durará la estancia en esa cárcel. De vuelta a Chicago, Chambers se prepara para "cumplir las estaciones de su personal calvario"[5]: quiere encontrar a Fanny Riffel, y ayudarla hasta el fin de sus días, esto se convierte en la nueva meta de su vida. Después de muchos esfuerzos sin resultado, da con ella cuando menos lo espera, y cuando está a punto de renunciar. Fanny padece esquizofrenia, y está en un manicomio, donde Chambers se coloca de vigilante. Los siguientes veinte años Chambers los dedicará a Fanny, estando a su lado, y tratando de aliviarle el sufrimiento:

"Fueron veinte años de abnegación minuciosa y constante, en los que el celador Chambers, enfrentado en solitario ante la inmensidad del miedo, se debatía en una batalla que los psiquiatras habían desestimado; veinte años, cada uno con sus correspondientes días y noches, en que cada avance infinitesimal, doloroso como la extracción de una espina que ha echado raíces, era desbaratada luego por retrocesos

[1] *Idem*, p. 129.
[2] *Idem*, p. 130.
[3] *Idem*, p. 131.
[4] *Idem*, p. 133.
[5] *Idem*, p. 134.

BDD-A5581 © 2007 Universitatea din Pitești
Provided by Diacronia.ro for IP 216.73.217.34 (2026-11-14 00:06:17 UTC)

repentinos, tan sencillos y ensañados como el manotazo que derruye un castillo de naipes. Pero después de esos veinte años, los responsables del Hospital (del manicomio) Chicago-Read apreciaron en Fanny síntomas de curación suficientes para incluirla en sus programas de régimen abierto; y unos meses más tarde, con el aval del departamento de servicios sociales del estado de Illinois, lograron que su internamiento en Chicago-Read concluyese."[1]

Pero Tom Chambers no es el único personaje de esta novela que se siente culpable. El verdadero protagonista es Alejandro Losada, un escritor que viaja a Chicago. En el avión conoce a Elena, una joven guapa y llena de vida. Alejandro está comprometido con Laura, falta poco para la boda, pero viendo a Elena no puede resistir la tentación de flirtear, y está a punto de traicionar a su novia. No ocurre nada, el adulterio no llega a consumarse porque en el momento justo suena el teléfono y Alejandro reacciona. A pesar de esto, Alejandro se sentirá culpable de haber querido engañar a Laura:

"Todo este exordio para reconocer que había traicionado a Laura. La había traicionado sin llegar siquiera a traicionarla, porque las circunstancias me lo impidieron, pero mi deslealtad fallida, que yo había pretendido confinar en los sótanos de la vida invisible, creyendo que allí moriría por asfixia o inanición, había echado raíces como la semilla que anhela ser árbol, se había ramificado en mil imprevistos renuevos, había crecido con esa pujanza que tienen algunas hierbas un poco antes de hacerse maleza, un poco antes de hacerse impenetrable bosque."[2]

Serán vanos todos sus esfuerzos de tranquilizarse, de apaciguar su conciencia:

"«No ha sucedido nada», me repetía sin descanso […] «No ha sucedido nada; nada se ha consumado», trataba de convencerme, confinando aquel rapto de debilidad que casi trabó nuestros cuerpos en el sótano de los pecados nonatos, de las fechorías frustradas, de las faltas que ni siquiera llegamos a cometer, puesto que sólo tuvieron una vida mental, puramente especulativa. No había daño alguno que reparar, ni consecuencias funestas que lamentar; de mis labios no había brotado ninguna palabra que me comprometiera con ataduras de las que luego resultaría difícil desliarse; no había tampoco testigos que pudieran recriminar mi actitud (Laura no estaba allí, Laura no podía verme), ni peligro de que tan extemporáneo desliz se repitiese, puesto que en Madrid me aguardaba el antídoto contra cualquier tentación, una mujer a la que veneraba, una mujer con la que había decidido fundir mis días. En el colmo de la bellaquería, me consolaba argumentando que mi tropiezo no había obedecido al deseo de saciar un apetito, sino a un impulso altruista, quizá demasiado solícito, de aligerar el dolor ajeno, y trataba de aquietar mis remordimientos diciéndome: «Mañana mismo no recordaré este episodio, o lo recordaré diluido en la sombra de una noche absurda, como en la resaca etílica recordamos las travesuras que protagonizamos en estado de embriaguez»."[3]

Se sentirá también culpable de haber agravado la enfermedad de Elena, una mujer perturbada, que había perdido la razón por un desengaño amoroso. Ésta es la reacción de Alejandro, cuando vuelve a ver a Elena, y descubre que sus sospechas no eran infundadas; Elena ejercía la prostitución en la Casa de Campo:

"-No puede ser cierto, no puede ser cierto…

[1] *Idem*, p. 140.
[2] *Idem*, p. 11
[3] *Idem*, p. 186.

BDD-A5581 © 2007 Universitatea din Pitești
Provided by Diacronia.ro for IP 216.73.217.34 (2026-11-14 00:06:17 UTC)

Repetí esta frase diez o quince veces, como quien pronuncia un ensalmo o una letanía, con el deseo inconcebible de borrar o al menos detener el universo físico."[1]

Por eso, será capaz de seguir el rastro de Elena en una red de prostitución, la buscará durante meses enteros, y hasta arriesgará su vida, enfrentando a individuos peligrosos como Morcea. También le sacrificará su relación con Laura.

Este doble arrepentimiento inspira al autor unas de las palabras más expresivas y emocionantes que se han escrito sobre la culpa:

"Hay una vida invisible, subterránea como un venero, por debajo de esta vida que creemos única e invulnerable, o quizá sobrevolándola, como una ráfaga que parecía inofensiva y que, sin embargo, se inmiscuye en los huesos, dejándonos su beso estremecido. Cuando esa vida invisible nos roza sentimos por un instante que la tierra nos falta debajo de los pies. Es una impresión fugaz, un sobresalto que apenas dura lo que dura una extrasístole, lo que dura la impresión de caída en las fases de duermevela que preceden al sueño, lo que dura el contacto furtivo y viscoso de la culpa cuando mentimos atolondradamente, sin saber siquiera que estamos mintiendo y, desde luego, sin vislumbrar las consecuencias de esa mentira. Pero del mismo modo que el corazón ya restablecido guarda memoria de aquella palpitación que resintió su cadencia, del mismo modo que la vigilia alberga nebulosamente el recuerdo de aquella caída ingrávida que prolongó nuestro sueño, del mismo modo que la conciencia nos aflige con una suerte de dolor retrospectivo cada vez que evocamos nuestra mentira piadosa o involuntaria, así la vida invisible que se cruzó en nuestro camino arroja su reverberación sobre nuestra vida física, que creíamos indemne y a salvo de zozobras. A veces, esa vida invisible adquiere la textura prolija e intrincada de un tapiz, a veces la envolvente diafanidad de una gasa; cuando rozamos muy sutilmente su tejido nos replegamos, pusilánimes o escarmentados, como el caracol se repliega en su concha, pero a nuestro refugio nos llevamos para siempre la reminiscencia de ese contacto que es vívido y perdurable como una culpa que se pudre, obstinado como esos secretos que hubiésemos preferido no llegar a conocer."[2]

La conclusión de esta historia contada por Juan Manuel de Prada es que los secretos acaban haciendo mucho daño, y es mejor decir la verdad a tiempo:

"A la postre, el secreto, que creíamos recluido en las mazmorras del remordimiento, aislado en esas bodegas que la vida invisible excava en nuestro pasado, indescifrable para quienes nos rodean, acaba mostrándose como el ahogado acaba ascendiendo a la superficie del agua después de haber anidado un tiempo en el lecho del río, enredado entre el légamo y las algas. Sólo que, para entonces, el ahogado se ha convertido en un amasijo de carne corrompida, mordisqueando por los lucios que hallaron en él su pitanza y convirtieron su fisonomía en un borroso y nauseabundo jeroglífico. También los secretos, como los cadáveres de los ahogados, acaban mostrando su rostro de pavorosa hinchazón, tarde o temprano."[3]

Bibliografía

Alas, L. «Clarín», *La regenta*, Espasa Calpe, Madrid, 1999

Camus, A. – *Le Don Juanisme.* In: *Le Mythe de Sisyphe*, Gallimard, Paris, 1942

Cervantes, M. de, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, Impresos y revistas, Madrid, 1991

[1] *Idem*, p. 605.
[2] *Idem*, p. 9.
[3] *Idem*, p. 10.

BDD-A5581 © 2007 Universitatea din Pitești
Provided by Diacronia.ro for IP 216.73.217.34 (2026-11-14 00:06:17 UTC)

Cervantes, M. de, *El celoso extremeño*, in *Novelas ejemplares*, II, Cátedra, Letras hispánicas, Madrid, 1994
Molina, T. de, *El burlador de Sevilla*, Cátedra, Letras hispánicas, Madrid, 1992
Prada, J.M., *La vida invisible*, Espasa Calpe, Madrid, 2004
Sender, R. J., *Réquiem por un campesino español*, Destinolibro, Barcelona, 1996
Zorrilla, J., *Don Juan Tenorio*, Cátedra, Letras hispánicas, Madrid, 1994

BDD-A5581 © 2007 Universitatea din Pitești
Provided by Diacronia.ro for IP 216.73.217.34 (2026-11-14 00:06:17 UTC)